

"JULIO CESAR" Negros y puertorriqueños

JOSE MONLEON

DE las diversas obras de Shakespeare presentadas recientemente en Nueva York, la que más ha dado que hablar es el "Julio César", que se ofrece en una de las salas del Public Theater. La polémica es enormemente sugestiva en el campo de la interpretación actual de los clásicos, puesto que revela hasta qué punto también en el mundo de lengua inglesa —con toda la enorme importancia que en el área del arte y, más concretamente, del teatro, tiene Nueva York— incluso un dramaturgo como Shakespeare, colocado por encima de las épocas y de los gustos, calificado como el más inmortal de los Inmortales, crea también serios problemas a la hora de certificar su vitalidad. El academicismo no perdona a nadie. Y si, a primera vista, el hecho de que millares de universitarios norteamericanos lean a Shakespeare, se multipliquen los estudios y las ediciones críticas de sus obras, se presenten sistemáticamente en la Televisión, y aun buena parte de ellas sirvan a los Departamentos de Drama del país para mostrar los avances de sus alumnos, podría interpretarse como una prueba irrefutable de la vigencia del gran dramaturgo, no es menos cierto que todo ello acaba conduciendo, a su vez, a un esquematismo reverencial, a una ceremonia de citas y asociaciones culturales que siempre conspiran contra el gran trágico. He visto, por ejemplo, un montaje de "Noche de reyes" por los actores del Departamento de Drama de la Universidad de Purdue. La preocupación por el acento —importante para cualquier actor contemporáneo de lengua inglesa que haga a Shakespeare, y, más aún, si es norteamericano— parecía capitalizar la mayor parte del esfuerzo. El problema estaba en "decir bien" el texto y en representarlo con una ingenua confianza en su valor teatral, renunciando a la mediación consciente de la sensibilidad y las ideologías de nuestro tiempo, como si ir a la "fuente shakespeareana" supusiese investirse de una profunda despersonal-

ización, de una disponibilidad angélica.

Frente a la libertad —es decir, frente a la proyección de la realidad contemporánea— con que cualquier compañía norteamericana aborda hoy la representación de un clásico extranjero, la aproximación a Shakespeare tendería a caer en un reverencialismo verbal, en un concepto de la cultura que tiene mucha más relación con el culto a ciertos modelos que con el cultivo de la propia personali-

obra lo permitiera— crear con su presencia ninguna nueva significación política. Negros son César y Bruto. Y puertorriqueño blanco es Marco Antonio. Sin que ello suponga nada especial.

Tampoco el montaje tiene ninguna singularidad. En la sala, nada tradicional, perfecta para "Julio César" —una nave con columnas doradas y techo de cristales, quizá una antigua biblioteca o una gran sala de recepciones, con tres bloques de escalonados espectadores abra-

velador, de carácter poético: la fuerza que ha cobrado la obra con la presencia de tales actores.

El hecho es sencillo y explicable. Las tragedias de Shakespeare poseen una compulsión y una violencia física que se vuelve truculencia gratuita —¿cuántas bromas no se han hecho con la acumulación de cadáveres en los desenlaces shakespeareanos?— cuando predomina la compostura física y el academicismo verbal, cuando se produce la disonancia entre lo que oímos y lo que vemos, entre la retórica elocuente del actor y la arrebatada conducta del personaje.

En la historia de las modernas representaciones de las tragedias de Shakespeare, un hombre como Brook expresa, sin duda —especialmente influido por ciertas afirmaciones de Artaud—, la voluntad de impregnarles de la crueldad que corresponde a sus contenidos. Sólo que Brook ha solido apoyarse —¿cómo no recordar su ya clásico "Tito Andrónico", con Laurence Olivier y Vivien Leigh, del que hablamos en un lejano TRIUNFO a raíz de verlo en el teatro de las Naciones?— en las imágenes, mientras que en el "Julio César" del Public Theater se cuenta con la violencia real de los actores, con la compulsión que la civilización contemporánea ha impuesto a cuantos proceden del Tercer Mundo.

Quizá no sea la "solución ideal", ni, por lo demás, pretenda serlo el "Julio César" neoyorquino. Pero para cuantos lamentan la modificación de los clásicos, en este caso de Shakespeare, la lección es importante: porque la conquista de una mayor organicidad, la coherencia entre la violencia del actor y la violencia del personaje, ha dibujado el único camino por donde puede recuperarse la representación viva de los grandes textos. Arrebatándolos a los declamadores académicos para entregarlos a los verdaderos actores, a los que sirven la poética de su personaje en lugar de postarse ante la magnificencia de la palabra. ■



"Julio César", en el Public Theater de Nueva York. En la foto, Miriam Colon y Sonny Jim Gaines.

dad. Contra ese cerco, precisamente, se alza el último "Julio César", de Nueva York, interpretado por actores negros —en su mayoría— y puertorriqueños.

En principio, según prácticas anteriores, uno empieza por preguntarse si la elección de tales actores no tendrá una determinada razón política o ideológica. El conflicto racial es en los Estados Unidos un tema permanente y alguna que otra obra de Shakespeare —y, muy singularmente, "Otelo"— ha sido montada introduciéndolo como uno de sus soportes. No es éste el caso que nos ocupa. Entre otras razones, porque negros y puertorriqueños están aquí situados a un mismo nivel social y no cabe —aun suponiendo que la

zando un espacio escénico, sin telón ni embocadura—, la sencilla disposición escenográfica y el movimiento de los actores se ajustan a las exigencias clásicas.

Y aquí ya el reproche que, generalizadamente, se le ha hecho al espectáculo: el acento de sus actores, la dicción impura de los negros, e incluso las diferencias que existen entre ella y la que emplean los actores puertorriqueños.

Contra esta objeción, sin duda sensata, dos argumentos nada desdeñables en favor de la experiencia. Uno, de carácter sociológico: el "derecho" de los grandes actores negros y puertorriqueños a representar a Shakespeare en el acento vivo de su inglés, y otro bastante más re-